



RICARDO PALMA

Las "Tradiciones peruanas"

PÓSTUMA, completa, escrupulosa, documentada, majestuosamente distribuida en seis gruesos volúmenes, patronada por el Gobierno de la República del Perú, la nueva edición de las *Tradiciones* de Ricardo Palma, que hoy, en Madrid, están dirigiendo sus hijas, bien merece el nombre de edición nacional. Aunque nacional no es palabra que me guste, tratándose de instituciones de espíritu en que han comulgado, de uno u otro modo, con España, sus Américas. (Y en los demás casos, tampoco aquella palabra me place en demasía...) *Imperial* debiera decirse, que no *nacional*; siquiera por todo aquel que no se figure que imperialismo es siempre cosa de sables y de cañones y de tener a la gente metida en un puño.

Pero tampoco, considerada en sí misma la obra de Ricardo Palma ofrece, a despecho de una superficial apariencia, ningún sentido de nacionalismo cerrado. Es, al contrario, abierta, tolerante, unificadora. Tanto como peruana, española y hasta francesa, en ciertos matices. Muy auténticamente popular—y lo popular auténtico se ríe de fronteras—y a la vez muy auténticamente académica—y lo académico auténtico, si no ríe, sonrío... Todo, menos burguesa. Todo, menos recelosa y avara. (*Burgués* es, por definición, el que levanta tapias en los confines, para seguridad de lo que cae dentro.)

Algunos críticos americanos han podido insinuar censura contra Ricardo Palma por su evidente enternecimiento ante las cosas del período colonial. «No faltará quien diga—ha escrito alguien—que no fué prudente esa re-

surrección, casi glorificada, de una época, de que, a la nueva, no le convenía acordarse sin reservas...» En esta *imprudencia*, que debe llamarse *generosidad*, encuentro uno de los mayores encantos y una de las mayores dignidades de las *Tradiciones*. Sin supersticiosas asepsias, me gusta el patriotismo verdadero: como sin remilgos pedantes es la verdadera aristocracia.

Hace cuarenta años, y para dotar a su Lima querida de una Biblioteca decorosa, Ricardo Palma se hizo bibliotecario, y propagandista, y apóstol, y no vaciló en volverse hasta mendigo, para compadecer la necesidad pública de instrumentos de lectura y estudio con la penuria de los medios materiales puestos oficialmente al servicio del propósito. Hazaña de patriota fué aquélla. Quien tal cumplió empujado por el sentimiento de patria, bien puede permitirse dejar que su buen gusto y su buen humor y otras bondades suyas pasen un poco por alto aquellos dogmas separatistas de «tiranía» y «tiranos», de «ominosa opresión», de «yugo extranjero», de «independencia», de «cadenas» y otros ripios.

Sobre cosas del Perú español escribía voluptuosamente Ricardo Palma... Para la verdadera libertad del Perú, Ricardo Palma compraba y mendigaba libros.

Rectificaciones. Precisiones

He visto reproducido con frecuencia en publicaciones peruanas una muy anterior glosa mía sobre tan simpática figura. Como veo que tal nota se reproduce siempre con cierta errata, me permitiré aprovechar la ocasión brindada hoy por el tema para hacer algo por la corrección de la misma.

(Y todavía encuentro ahora, al lado de esta ocasión dorsal, una ocasión marginal, para introducir, en un paréntesis, otra corrección. En unas glosas del *ABC* se llamaba a Eduardo Torner, colector de las *Cuarenta canciones españolas*, «músico y filósofo». *Filólogo*, debía leerse. Nunca hago estas rectificaciones, pero en el caso presente se trataba de una persona y de la calificación de una persona.)

Debo decir, pues, que mi vieja nota sobre Palma la hacía, en el texto original, cabalgar entre dos siglos, «ninguno el nuestro». En las reproducciones, aparece en lugar de esta negación, un encarecimiento: «Principalmente, el nuestro», se lee en ellas.

No. Nuestro siglo es el xx; y, aunque este siglo nuestro se encuentra, en algunos puntos, camino de enmienda, está poco preparado—a no ser en alguno de sus hijos de sensibilidad más

Glosas

avanzada, más reaccionaria y más fina—para regalarse sinceramente en la integridad de las *Tradiciones*. Los dos siglos que le corresponden a Palma son el xviii y el xix. Tiene de este último la pasión por el fluir del espíritu popular, el culto a la espontaneidad, la sabiduría en *folk-lore*. Tiene, en cambio, del Setecientos, el academicismo, la irreverencia, la malicia aristocrática.

«Recogió la tradición de la vieja y se mofó de la superstición, en la boca del sacristán.» Así podía escribirse en una lápida o monumento dedicado al autor de las *Tradiciones peruanas*. Este podía ser también el lema de la edición nacional, imperial, cuyos dos primeros volúmenes, ya aparecidos, anuncian en la república—en la *imperial república*—de nuestras letras, una fiesta muy grata.

El Perú, sombra de Virreyes
Magnificencias y venenos

El enamorado del amor siente la nostalgia de todos los besos que un día estuvo a punto de dar y que no dió. El apasionado viajero, la de todos los países que estuvo a punto de visitar y no visitó.

Me habían anunciado a Córdoba, la de la Argentina, como una ciudad con mucho sabor colonial y español. Colonial, tal vez sí; español, no tanto. Hay en los aspectos urbanos de esta Córdoba mucho de ultramar y de factoría.

Más sutilmente española en sus aspectos es seguramente la ciudad de Santa Fé. En un sólo convento de Franciscanos de esta ciudad, y en un techo de este convento de Franciscanos, hay más españolismo óptico que en toda la promiscua documentación arqueológica de la casita del Virrey cordobesa.

La sombra de los Virreyes había que ir a buscarla al Perú. (...Y antes, mi infancia había conocido un poco de esta sombra, extraviado entre los follajes de la Rambla barcelonesa, donde se ostenta—gracia singular de la urbe—el *Palacio de la Virreina del Perú*.)

Una sombra así, al pintor Paúl Gauguín, por ejemplo, pudo magnificarle y envenenarle a la vez toda la vida. Ardientemente curioso de ciertas experiencias, un día hubiera querido probar, en mi sensibilidad, la sensación, siquiera efímera, de esta venenosa magnificencia y de este magnífico veneno.

No pudo ser. Y el Perú sigue todavía siendo para mí lo que, para el enamorado del amor, el beso que estuvo a punto de darse y no se daba.

EUGENIO D'ORS

(A B C. Madrid).